

OJO POR OJO

OJO POR OJO

En su pecho desnudo y en su frente no había sudor, estaba tranquilo, su mirada, tan temida por todos en el pueblo, la tenía fija en el torso, también desnudo, de su víctima. Sus ojos brillaban, no por algo interior, sino por reflejarse en ellos la luz de las velas. Mayor brillo tenía el machete que al ser descargado con fuerza seccionó todas las estructuras del cuello. La cabeza se mantuvo algunos instantes en su lugar para después inclinarse lentamente como diciendo el último sí. Al caer al suelo se escuchó un sonido opaco y cuando rodó por los escalones de piedra los ruidos fueron más brillantes y sonoros. El segundo golpe no fue dado como el anterior de lado, igual a cuando se siega el trigo, ahora el asesino echó el codo hacia atrás, recargó el arma en las costillas y de un rápido movimiento atravesó el tórax, permitiendo que la punta del metal sobresaliese en la espalda del victimado.

Manuel desfloró a su mujer en el campo, ella se dejó hacer, después envió a los padres de la muchacha tres botellas de mezcal, un par de corderos, algunas aves y una canasta de huevos. El matrimonio se había consumado. Desde ese momento ella debía obediencia y fidelidad a su hombre, y él, por su parte, tenía la obligación de mantenerla y darle protección. Jamás pensó si la quería, pues no era necesario, era su mujer y eso bastaba. Y no sólo su mujer, era la madre de su hijo que estaba por nacer.

Entre el primero y segundo golpe transcurrió menos de un minuto, durante ese lapso no pensó en nada, ni en el odio que tenía y menos aún en las consecuencias de su acción. Para él era un acto fisiológico, como comer, respirar o hacer el amor. El morir o matar lo mamó de pequeño igual que la leche materna. Si en ese momento él hubiera sido la víctima en lugar del ejecutor del crimen estaría igual de tranquilo. El honor, según la ley de su tierra, siempre tenía que ser lavado con sangre. Al asesino nunca se le delata y menos si lo hace por venganza. El que a hierro mata...

OJO POR OJO

Manuel se encontraba fuera del pueblo cuando murió su mujer. Ni la rinconera ni el médico que trajeron del pueblo vecino pudieron hacer nada. Manuel la encontró tendida sobre su cama luciendo un vestido blanco y una guirnalda de flores en su cabello. Aceptó los abrazos y las condolencias. Después preguntó que quién era el culpable, lo que equivalía, y eso lo sabían todos, a una sentencia de muerte. Cálmate Manuel, le pidieron, no existe ningún culpable, cuando Doña Martha llegó ella ya estaba muerta. El médico no pudo hacer nada. Fue la voluntad de Dios. Él así lo quiso.

El tercer golpe lo dio recordando como se adhería la piel de ella a su piel, como sus pechos llenaban sus manos, como gemía entre sus brazos. Los siguientes golpes fueron dados en el pecho y en el vientre en recuerdo de los movimientos que sintió todavía el día anterior al poner su mano sobre el vientre grávido de su mujer. Dejó de pensar. Sólo el machete subía y bajaba automáticamente, atravesaba, se hundía, seccionaba y amputaba.

Al terminar, bañando en sudor por el esfuerzo físico, se dirigió a la entrada, recogió su sombrero que había depositado en la última banca y como de costumbre humedeció sus dedos en la pila de agua bendita para santiguarse. Antes de salir vio la cruz vacía, sólo con un trozo de pie clavado.

TOMÁS URTUSÁSTEGUI

1998